Salomar

Cuarta parte de la entrevista efectuada a Juan de Dios Gutiérrez sobre su vida en Volcán de Buenos Aires y en otras regiones del país. M. S.

El chiricano tico, y no me duele decirlo porque es la pura verdad, no es tan trabajador como la mujer. Yo vi más de una vez al marido a caballo fumando pipa, con el machete cruzado sobre las piernas, y la mujer a pie con una jaba, canastona enorme, llena de maíz en las espaldas. Van a tapiscar, y luego ella regresa con la carga al hombro y él, tranquilo en caballo. Llegan a la casa, él se sienta en la hamaca y la vieja a volar nacha y a cocinar.

Uno de los pasajes más serios de mi vida en Volcán fue una gravedad que tuve. Yo me había viciado a salir de noche a matar peje y camarones en los ríos; seguro las mojadas me produjeron una fiebre altísima: malaria. Además, me dio una especie de neumonía. Para rematar: estaba lleno de parásitos intestinales.

Me mandaron medio muerto al Hospital San Juan de Dios. Estuve tres días tan grave que solo recuerdo algo así como una neblina y las voces de las enfermeras y las hermanas de la Caridad . "Cómo sigue Tostadita", preguntaban. Así me pusieron porque yo era solamente huesos. "No anochece", contestaban si era en la mañana. "No amanece", si era en la noche. Después de mes y medio me recuperé. Pero quedé hecho una desgracia: salí pesando sesenta libras, con 16 años de edad. Imagínese que me llevaban a pelar a la barbería y me desmayaba; durante ocho días me mantuvieron a base de "poli B", y otras inyecciones. Fue una de las veces que vi la Pelona más cerca. Bueno, exceptuando las ocasiones en que me han mordido serpientes, entre ellas una víbora de sangre. Después le cuento.

Pero estoy retrocediendo; recuerde que habíamos quedado en Palmar Norte, cuando yo dejé Volcán con una arrea de chanchos, me fui a Palmar y conseguí trabajo en una lechería.

En las Bananeras la vida era sumamente dura. Había gran cantidad de pleitos todo el tiempo. Yo, obligado por las circunstancias, me hice peleador. Además de botero sobre el Térraba.

Este oficio me dejó muy buena plata. Pero se vino la inundación más grande del río; arrasó más de 20 ranchos en Palmar. Durante varios días bajaron animales y mil chunches por el río, convertido en un mar. Recuerdo, que entre lo que me tocó salvar, vi en un palo enorme como 50 gallinas; me fui, las cogía de las patas y las metía en el bote. Cuando terminé hice el intento de regresar, pero el gallo se paró en la borda y al tratar de agarrarlo para que no se saltara, me descuidé y el bote pegó contra un palo: se quebró en dos, y, por supuesto, no quedó una sola gallina. Con mucho trabajo pude salir con vida. Pero ya me había ganado 150 colones que nos dieron a un indio y a mí porque habíamos sido los únicos que nos atrevemos a cruzar el río con semejante crecientona; el agente de la ENTA, una empresa de aviación, nos pagó esa suma.

En Palmar también se armaban unas grandes fiestas. En aquella época se estaban empezando a formar las fincas bananeras. Yo botaba la plata que me pagaban en la lechería casi solo en cerveza Pabt y Blue Ribonns, que eran muy baratas. Yo iba a dejar leche a las fincas con un compañero llamado Pichuza: recuerdo que no era raro encontrar a un hombre irreconocible en los callejones: hecho picadilo a punta de machete. Los días de pago aquello era cosa terrible; pleitones que se armaban, especialmente cerca del río. Al día siguiente aparecían las paredes del negocio completamente manchadas de sangre. La inmensa mayoría de gente andaba como yo, en busca de una vida mejor, solo que yo sí tenía Dios; esos aventureros venidos de otros países no tenían ni Dios, ni ley, ni nada. Lo mataron? Nadie sabía de donde era: "Bueno, qué caray", lo enterraban y nada más.

Se jugaba a lo grande. Y los jugadores ponían sobre la mesa un puñal o un revólver. Nadie intentaba hacer trampa. El lenguaje era de lo más violento. "Mirá, hijuep. tal cosa", solo así.

Luego me fui a trabajar en una lechería de unos jamaicanos blancos. Llegué a ordeñar 40 y resto de vacas yo solito. Y amaneciendo ya andaba en las fincas vendiendo la leche, por Palmar Sur. Era demasiado el trabajo y a los meses, cansado, me fui. De esa época me queda esta cicatriz: un tarro de leche que me cayó aquí, porque tenía que echarlos solito sobre la bestia.

Fui a parar a Río Claro, a una cuadrilla de ingeniería. Comencé jalando el aparato y haciendo estacas; también de portamiras. En esos días se estaba en los comienzos de la carretera interamericana; y la Compañía Martín, norteamericana, contrató con la Bananera el personal de ingeniería. El contrato de la Martín era para hacer el tramo entre corredores y Sabalito, en la frontera con Panamá.

De cada cuadrilla de topografía don Enrique Odio escogió un miembro; y así formó una cuadrilla, que cedieron a la Martin. Yo, el más chiquitillo, fui escogido de "aparatero". Así hicimos la localización del camino a través de la Fila de Cal; y poco tiempo después llegamos a Cañas Gordas.

Los primeros en llegar para hacer la localización del trazado de Cañas Gordas fueron dos gringos que no sabían ni papa de español. Uno de ellos lo único que aprendió a decir era "calibre" por culebra; pidieron un mulero a las cuadrillas de topografía. Yo dije que sabía mucho de mulas; entonces me mandaron a mí.

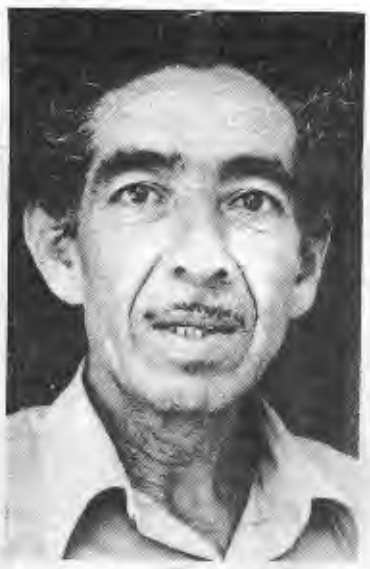
En Punta de Rieles nos dieron cuatro mulas y cargadas de mercaderías y aparatos nos fuimos montaña adentro. Llevábamos bastimento como para un mes y para seis personas. El trillo por la Fila de Cal era tan parado que cada vez que se detenía una mula uno estaba listo a amarrarla a un palo, porque si la soltaba salía dando vueltas por los guindos. Ni las orejas se le veían: vidra que guinchados, Quién sabe quién diablos había hecho el trillo.

El gringo a cada rato gritaba: "Oh, un calibre..." porque les tenía un miedo de los diablos a las culebras. Por cualquiier vejuquillo, se oían los grandes gritos.

En Cañas Gordas don Sabas Sánchez, jefe del Resguardo, nos dio a Pedro Peralta, famoso como baquiano. Era un viejo que sin saber nada de topografía ni cosas por el estilo, decía: "Nos vamos por aquí y dentro de dos horas salimos a tal parte", y, efectivamente, se salía a donde el decía.

Pues nos lo dio el subteniente Sánchez para ir a buscar el río Sabalito, a ver dónde estaba. Subimos y subimos hasta Río Sereno, en donde un señor Saldaña era el jefe de la policía panameña. Allí estuvimos como una semana. Con los gringos nos entendíamos a punta de señas: ellos llevaban mapas y aparatos raros. Yo caminaba adelante con don Pedro abriendo la picada; los gringos, atrás. Finalmente, después de un esfuerzo agotador de varios días, llegamos al río. Los gringos lo vieron, dijeron "Oh yes, ser este", inmediatamente nos ordenaron devolvernos. "Calibre, calibre..... siguió diciendo el otro gringo, y nos vinimos de regreso. Por dicha no apareció ninguna culebra ni un chancho de monte, por que, qué gringo más miedoso para los animales. Dormía en un saco, se forraba bien, y luego se ponía un montón de cosas en la cabeza. Luego se echaba un mosquitero encima.

Alguien le había hablado muy mal de la fauna en aquella zona. Bueno, había su razón. Cuando tiempo después hacíamos la localización de la ruta, se quedaron dos mulas cansadas entre Sereno y Sabalito. Nosotros nos llevamos la carga a la espalda; dejamos a los animales apersogados a un árbol.



Juan de Dios Gutiérrez

Otro día en la mañana mandamos a buscarlas a un negro, que era el cocinero. Al ratito —dos minutos después— llegó el negro pálido y que no podía ni hablar. Se había encontrado un tigrón encima de una de las mulas, comiéndosela, y otro tigre echado a la par. La otra pobre mula tenía el pescuezo pelado de jalar el mecate. Uno de los tigres rugió cuando llegó el negro y casi lo mata del susto.

Cuando se comenzó la trocha los gringos empezaron a meter una cantidad enorme de mercaderías de todo tipo. Conservas: cientos de cajas. Arroz, maíz, de todo. Nunca he visto tanta mercadería en unos campamentos. Otra cosa: del lado de Panamá, tanían más de cien mulas. En la parte de Costa Rica solamente había selva, salvo en Agua Buena, en donde estaba el Resguardo.

Esa fue una etapa muy interesante, porque aprendí muchas cosas. Por ejemplo, la forma de trabajo de los gringos. Son muy eficientes, y todo lo planean bien, pero llegó una época en que había tal vez seis o más tractores trabajando con el motor al mínimo, porque los tractoristas estaban borrachos, tirados en el monte. Se emborrachaban con "cepa de Caña" o ginebra.

En esos días estaba en sus comienzos la demarcación de límites entre los dos países.

Pues poco a poco fui ascendiendo; pasé a cadenero y, al paro de los trabajos dos años después, era el jefe del campamento en Cañas Gordas. Aquí había otra inmensidad de mercaderías.

Inexplicablemente la Martin botó en esa trocha más de ocho millones de colones y lo que hizo de trocha fue cualquier cosa; sólo lastrearon entre Villa Neily y Campo Tres; lo demás quedó de piso de tierra.

Imagínese el desperdicio: cuando entraron los gringos a recoger los tractores para entregarlos a la Bananera, quedaban decenas de decenas de frazadas de las que usa el ejército norteamericano, centenares de cajas de conservas, cantidad de alambre, más de cien cajas de dinamita; de todo.

Los gringos pasaban el tiempo bebiendo licor o jugando plata. En más de una ocasión vi a un gringo que encendía un billete de cien pesos y lo tiraba al suelo: para que le trajera suerte, decía. Yo estaba listo y le ponía el zapato encima al papal para echármelo a la bolsa. Me daban cien pesos para ir a traer una botella de ginebra; el vuelto era mío. Tenían tanta plata que se echaban el rollo de billetes debajo de una faja. Es que si había comida en abundancia y ningún centro de diversión, pura montaña todo, ¿en qué iban a gastar la plata? Jugaban a lo loco.

No había gente habitando del lado de Costa Rica. Gente "tica" ni panameña, ni soñaban en llegar Marciano Barrantes y otros. Sabalito: solo el río. En Villa Neily, lo que es Villa Neily, ni un rancho. La mercadería entraba por Golfito y llegaba a Corredores por ferrocarril.

Pues los gringos tenían ocho millones para gastar y los gastaron en un ratito. Es que ellos ganaban un porcentaje sobre lo que gastaran, imagínese.

Cuando se terminó el trabajo, o se paralizó por falta de fondos, en los campamentos de campo Dos. Campo tres, Cañas Gordas, Sabalito y otros se botaron toneladas de mercaderías. Monturas nuevas había docenas y docenas. Los chiricanos andaban detrás de mí para que les vendiera cosas, pero jamás vendí ni una cobija.

Cuando fuimos a sacar la dinamita los gringos —los últimos que quedaban —decidieron que costaba más sacarla que lo que valía. Eran cierto y pico de cajas. Le dimos fuego y salimos corriendo a caballo varios kilómetros, porque la mecha era larguísima. La explosión hizo un hueco que todavía existe; imagínese que los estañones vacíos que estaban en los campamentos fueron elevados hasta las copas de los árboles. El bombazo se oyó hasta en Volcán de Chiriquí, que esta lejísimos. Nosotros lo resistimos tirados de panza y con un palo entre los dientes. Hubo un movimiento del suelo que nos tiró hacia los lados.

Cuando los gringos se fueron yo le compré un negocio a Amado Recio y me quedé dos años en aquellos andurriales.